



De la buena suerte ❤️

LAS ABEJAS NO SON ÁNGELES.

No fue venganza, fue el hartazgo. Siempre pensé que en algún momento yo misma diría basta, pero no sabía cómo ni cuando. Fueron meses, años, hasta perderse en la bruma de la desmemoria, de maltrato, silencios, olvidos, esquivas miradas, ausencias mentales, desinterés. Me conformaba con mis colmenas y con el poco tiempo que nos dedicaba. Los chicos ya crecidos no sabían bien lo que pasaba, tal vez por eso no hacían comentarios que pudieran alterar la paz del hogar. A ellos les convenía un nido ordenado y cálido. Ahora los veía desconcertados. Sin su padre tuvieron que empezar una vida de adultos que no les interesaba asumir en absoluto. Pero vamos por partes.

Bien visto, yo no estaba tan sola. Tenía amigas alegres y solidarias con las que me juntaba a jugar al rummy, una hermana con la que viajaba y una sólida posición económica. Además tenía mis abejas, que podía contabilizar en miles de alados seres acostumbrados a mi presencia y a mis cuidados. Ellas me conocían, revoloteaban a mi alrededor, casi no necesitaba humo para revisarlas y, cuando cosechaba la miel en el otoño, perdonaban pronto mi pillaje. Parecían miles de angelitos que sobrevolaban mi cabeza con sus alitas transparentes y sus pequeños cuerpos de añejado bronce. En mí confiaban, era evidente, pero cualquier otra persona las irritaba sobremanera. Por eso, cuando esa tarde de otoño vi a mi marido acercarse al colmenar desprevenido e imprudente, manejando el tractorcito de cortar el césped, la decisión fue instantánea como un rayo, un relámpago febril que no me permitió pensar demasiado. Un empujón certero y las alzas cayeron estrepitosamente al suelo, arrastrando en oscuro remolino reina, zánganos y obreras, cámara de cría, marcos con cera y miel, larvas y huevos en hecatombe zoológica sin precedente para la alada comunidad.

Todo fue cuestión de segundos: los dorados angelitos convertidos en negro y rabioso tornado buscaron culpable de su desgracia y cayeron sobre el infortunado tractorista, hundiendo cientos de tóxicos agujones en su desprotegida humanidad. Por el fino entramado de la careta de apicultor lo vi todo, mientras corría hacia la casa. Vi al hombre en el suelo; vi un cielo compacto y una nube alargada como un río; vi pasar dos picaflores hacia su comedero y vi, de pronto, la figura de un corazón grabado a cuchillo en la corteza de un álamo viejo. Mucho vi, pero a mí no me gusta ver la

muerte, menos la de un alérgico al veneno de los insectos. Entré a la cocina. El golpe seco de la puerta mosquitero me apartó de esa horrible turbulencia. No tengo claro cómo fueron los minutos siguientes, sólo recuerdo que deambulé por la casa sin salir de ella. Caminé de una habitación a otra entre oquedades y distorsiones que me salían al paso. Aspiré profundamente una y otra vez para superar la náusea. Me tiré en el sillón del living y puse la cara contra el respaldo. Escuché el alboroto de voces apuradas, gritos y vehículos en marcha a alta velocidad. No recuerdo qué pasó después. A los chicos les pedí que se encargaran de todo lo relativo al velorio y sepelio de su padre. Me encerré en mi cuarto y no quise ver a nadie. Mis amigas respetaron mi deseo de privacidad y me dejaron tranquila. Me di una ducha, encendí la tele y busqué una película, de la que no recuerdo ni siquiera el título. Dudé un poco en si debía presentarme o no un rato antes del entierro para darle al fallecido una formal despedida, un discreto beso en memoria de aquellos tiempos lejanos, locos y felices. Desistí, porque no quise ver su rostro yerto, ni vislumbrar en su palidez los indicios de un mudo y secreto reproche.

Después la vida siguió su curso. Los chicos están, dentro de todo, bien. Con la responsabilidad de manejar el campo no les ha quedado tiempo para lamentaciones. Hablan mucho de su padre y construyen con recuerdos de infancia y adolescencia la imagen paterna ideal, que los acompañará por el resto de sus días. Quisieron fumigar las colmenas y lo impedí; las abejas son mis amigas.

A propósito de colmenas, mañana tengo la cosecha de una veintena de alzas. Excelente miel, toda de alfalfa, meliloto y eucalipto. Para la papilla real, el polen es de casuarina. Si el tiempo acompaña, quizás al atardecer ya tenga la miel fuera del extractor, lista para ser envasada.

SUSANA TRESPI GIODA

2012